

PRONTUARIOS Y CLAVELES

NOVELA

Omar Saavedra Santis



© Omar Saavedra Santis

© De esta edición:

Sociedad Comercial Simplemente Editores Ltda.
Arzobispo Casanova 36, Providencia.
www.simplementeeditores.cl
contacto@simplementeeditores.cl

Registro de Propiedad Intelectual N° 204.895

ISBN: 978-956-8865-08-5

Ilustración de portada:

Jenny Contente Guazzotti

Diseño y diagramación:

Jenny Contente Guazzotti

Impreso en:

Salesianos Impresores S.A.
Junio, 2011.

Ch863

S112p Saavedra Santis, Omar, 1944-.
Prontuarios y claveles / Omar Saavedra Santis
1a. ed. -- Santiago de Chile :
Simplemente Editores, 2011.
442 p. ; 15 x 23 cm.
ISBN: 978-956-8865-08-5

1. Novelas chilenas. I. t.

“Queda prohibida la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquiera otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de Editorial Simplemente Editores Ltda.”

PRONTUARIOS Y CLAVELES

Omar Saavedra Santis



SIMPLEMENTE
EDITORES

*A Patricio Bunster,
quien gustaba desta historia
antes de ser ella escrita,
y tuvo a bien sugerirme
(sotto voce como era su estilo)
parte importante del
personal que la anima.*

In memoriam.

“...Yo conocí caballero
que nunca se conoció,
y jamás armas tomó
sino en sello o en dinero.
Después lo he visto guerrero,
y sin ver Flandes, pregona
más servicios que fregona
a las diez en noche oscura
*Pícaros hay con ventura
de los que conozco yo,
y pícaros hay que no....”*

(Quevedo)

MERUANE NUNCA TUVO CLARO qué lo había llevado a tenderle una mano a Indalecio Puente. De lo único que estaba seguro es que su ayuda en ningún caso había sido inspirada por el amor al prójimo. Ciertamente, podía ser muy tentador algunas veces el canto de sirenas de las borracheras, pero de ahí a caer en la trampa de la falsa conmiseración, no. Con Indalecio, no, eso no. Simplemente lo había hecho obedeciendo el dictado del tedio o el consejo de la maldad. O tal vez fueron simplemente las ganas de volver a jugar por un momento a ser escritor y destino. A menudo había buscado una explicación tardía e inútil a ese, acaso el más (des)afortunado de todos sus desvaríos. ¿O era el canto de los cuervos de veras fatídico para quién lo escuchaba? ¿O todo lo que había ocurrido no era más que otra señal anunciatoria del Renacimiento de los Monos, del cumplimiento implacable del más aventurado de todos los sarcasmos de Bruno? Y la madre chancha de todas esas preguntas sin respuesta: ¿creía Dale da Ponte realmente que era lo que era? No, reconocía Meruane culposamente, no era la Criatura la culpable sino Víctor Frankenstein; no el Golem sino su creador, Yehuda Ben Betzalel. Habían sido sus propias broncas consigo mismo, sus resentimientos inconfesados los que lo habían llevado a ese extremo. Fuera lo que fuese debía ponerle un punto final a esa farsa. No por arrepentimiento sino por amor propio. Eso y sólo eso lo había obligado a aceptar la invitación a la coronación de ese Rey Momo de una carnavalada tan barata. Desenmascarar

al esperpento ante los ojos de todo el mundo sería como arrojar al fuego un manuscrito de baja ley. Era su deber y su derecho. A fin de cuentas esa obra de pacotilla era suya, nacida de su propio puño y letra.

La azafata le retira de la mano la copa vacía de champaña con que lo saludó al subir a bordo. Él había esperado por un Dom Perignon, que no había bebido nunca en su vida, pero sólo había sido Veuve Clicquot. La desilusión no es tan grande porque el champaña no le gusta. La azafata le pregunta si está cómodo, si desea algo más. Un *scotch*, responde él ansioso. En la sonrisa de ella revolotea por un microsegundo la sombra fea de algo parecido a la censura, se le viene a la memoria la leyenda negra de pasajeros borrachos armando escandaleras sobre el Atlántico. Él agrega entonces una corta frase de verdad. Que no le gusta volar, dice con una sonrisa que quiere ser canchera. No le resulta más que una mueca eufemística de su miedo parido a los aviones y al mismo tiempo un ruego sibilino por un trago de verdad. La azafata le cree y condesciende. La sombra desaparece de su sonrisa en medio de una luz llena de comprensión. Le asegura que no hay nada que temer. Con una sonrisa ahora de educadora de párvulos le advierte que será uno chiquito porque el despegue es en diez minutos. Le pregunta si etiqueta negra o chivas. Negra dice él, con un cubito de hielo y un chorrillo de agua mineral con gas. Ella se aleja. Él trata de relajarse y piensa en otras cosas. Piensa por ejemplo, que ese será el primer vuelo de su vida en *first class*. Una experiencia que con un considerable esfuerzo de autoengaño él trata de imaginar muy diferente a volar en *economy*. Una experiencia, se obliga a pensar, que lo redimirá de esa desazón que ahora le retuerce la boca del estómago con dedos de alicate mientras el avión comienza a garrapatear torpe por entre otros aviones, buscando a tientos entre focos azules y líneas reflectantes amarillas la pista de despegue que debe estar ahí afuera, en algún lugar de la noche. Lo peor de su miedo a volar, trata penosamente de controlar con razones ese sudor frío y rancio que lo moja y hace apestar a bebé vomitado, lo peor de

su miedo a volar, se repite, es que él resume todos los miedos de toda su vida, los mismos que ahora se abalanzan sobre él como una jauría de demonios asirios cuando el piloto da gas y el avión comienza a trepidar y rugir esos espasmos que sólo pueden augurar una catástrofe.

Se recordaba con bastante precisión de las circunstancias y, sin esforzarse demasiado, hasta del día exacto en que había comenzado todo. Tal acto recordatorio no era ninguna hazaña digna del Guinness. En una vida como la suya donde hacía mucho tiempo no ocurría nada digno de ser recuerdo, no se podía olvidar lo único que había roto el hilo purgatorio con que la rutina enhebraba sus días repetidos. Por eso se recordaba bien que Indalecio lo había llamado al mediodía del último domingo de marzo. Según el calendario europeo la primavera ya había comenzado, pero el invierno era un oso remolón que no daba señales de querer despertarse ni marcharse. Todavía dormía cuando Indalecio llamó. El teléfono estaba en el living y él había olvidado cerrar la puerta del balcón, así es que había tenido que cruzar el glaciar del pasillo antes de llegar al aparato. Por lo tanto, a las palabrotas habituales con que acostumbraba a saludar el comienzo de sus días, especialmente los de invierno, había adicionado unas blasfemias en contra de Dios y el Diablo que le sonaron rebuscadas. Si se recordaba tan bien del día era porque, además, la noche anterior al telefonazo de Indalecio, en una acometida de coraje nocturno espoleado por media botella de whisky, Meruane había decidido acabar de una vez por todas con “el molesto asunto” como él mismo acostumbraba a autorreferirse frente al espejo durante las sesiones del afeitado mañanero. Nada de macanas. Había sido una decisión en serio, tomada en pleno uso de todas sus facultades (o lo que quedaba de ellas) tal como debía ser un suicidio bien hecho. Los suicidas, desde Judas de Karioth hasta Salvador Allende, siempre habían provocado en él una envidia infantil que los años y las decepciones habían ido mutando en una creciente intención imitativa que hasta esa noche él nunca se había animado a consumir. Siempre había desis-

tido en el momento anteañtepenúltimo. Pero esa noche sí había llegado hasta el final, casi. Con letra que se propuso firme había garabateado tres líneas explicatorias de ese, su último acto, dirigidas al “señor juez de turno”. Su orgullo había detenido la mano que escribía. Eso de explicarle a extraños decisiones personales que no le concernían más que a él, se le antojó una ordinariez, una falta de respeto a sí mismo, una boludez. Había quemado entonces el papel escrito y arrojado las cenizas en la taza del WC. *No quedará en la noche una estrella. No quedará la noche. Moriré y conmigo la suma del intolerable universo. Borrare las pirámides, las medallas, los continentes y las caras*, repitió con bordoneo de milonga (de tango hubiera sido más ajustado a la situación pero quizá demasiado sensiblero). Que se jodiera la posteridad. Un enigma era todo lo que le dejaría a ese mundo hideputa, seguro de que algunos, no muchos, se romperían la cabeza preguntándose por qué lo había hecho. Luego, con el gesto digno del condenado que se sabe inocente (o culpable en este caso, pero en defensa propia) había abierto de par en par la puerta del balconcillo. Por ese tiempo Meruane vivía en un tercer piso (o sea en el cuarto si se los contaba a la chilena) de la Herderstrabe en Schöneberg. Un barrio amable que en los años locos del Berlín entreguerras había sido el preferido de la homosexualidad berlinesa e intelectual (hasta la ascensión de Hitler). Después de la guerra había vuelto a ser un barrio amable y maricón pero ahora con más gastrónomos que intelectuales. El balcón del departamento daba a un patio interior donde los vecinos colgaban la ropa a secar y en donde en algunas tardes de estío acostumbraban celebrar unas modestísimas parrilladas de salchichas y chuletas de cerdo que pasaban con cerveza. Resoluto como nunca antes, Meruane había trepado al antepecho enladrillado del balcón y paseado su última mirada por el horizonte de sombras. Así un poco a lo Cavaradossi en la terraza del Castel Sant’ Angelo en el minuto postrimero del *E lucevan le stelle e olezzava la terra*. No iba a ser un suelazo contra nubes de algodón. El invierno, que a fines de marzo aún se negaba a transigir ante la primavera, había

congelado el bien cuidado cuadradito de césped. Ahora era una moqueta de hielo blindado de feo color militar. Un tercer piso de una vieja casa berlinesa no es la azotea del Empire State Building but 't will serve: ask for me to-morrow and you shall find me a grave man... Además de la última chuscada de Mercuccio, en ese segundo se le había venido también a la memoria una difuminada monografía sobre Mictlantecuhtli y el culto de la muerte en Mixquic (que él había consultado para la tesis de maestría de la bella Ina) donde se reportaba que el aliento de los suicidas olía a tamales podridos. (No se especificaba el relleno de los tamales). Como los muertos ya no alientan, debía haberse tratado de un tropo de un etnógrafo con ambiciones literarias, referido probablemente sólo a los suicidas mexicanos u otros practicantes de la cocina tex-mex. De todos modos la idea le molestó. Vio al médico patólogo garabateando con desinterés absoluto en su informe: "El aliento del occiso olía a excrementos". Y él ahí, despatarrado en el mesón de baldosines de la morgue sin poder explicarle que no era olor a excrementos sino a tamales podridos. Bajó del antepecho y volvió al living. Aún guardaba de sus tiempos de fumador una cajita semivacia de mentitas "Tic-Tac" en uno de los cajones del escritorio. Se echó tres a la boca. Le habría gustado leer lo que escribiría el forense ahora. Antes de volver al balcón no olvidó tampoco la música de acompañamiento, problema en el que había pensado a menudo como todo el mundo y nunca resuelto de modo satisfactorio. ¿Con qué música subir a la barca de Caronte? ¿Con qué ritmo preparar los treinta y tres escalones a la eternidad? La lista de opciones era demasiado larga como para elegir la justa. Desde luego Mozart en primer lugar, pero qué. Mucho tiempo le había parecido que el *Confutatis* del *Requiem* sería perfecto. ¿Muy obvio quizás? También había pensado en el "4'33" de Cage, pero tenía el inconveniente de que los tres tiempos de silencio podrían pasarles desapercibidos a los brutitos de la policía y lo omitirían en su informe. Sin pensarlo más se decidió por *Otto e mezzo* de Nino Rota, aunque despedirse con música de circo fuera tal vez mu-

cho más obvio que hacerlo con el *Confutatis*. Subió el volumen a nivel de último deseo y regresó al balcón. Cuando se encaraba otra vez al antepecho, lo detuvo desde el balcón del lado la voz de la vecina. “*Guten Abend, Yuanyóse!*”. En la cabeza de Meruane se conectó el traductor automático de la vida cotidiana. “*Guten Abend, Frau Engelmann!*”, había respondido todavía con una pierna en el suelo y la otra en el antepecho. “*Por la música supe que aún no dormía*”. Meruane lo entendió como una llamada al orden ciudadano. “*Perdone, Frau Engelmann*”, con premura servil quiso retroceder al living a cortar la luz a Nino Rota. “*¡No, no, por favor! ¡Nino Rota me encanta!*”. A lo mejor decía la verdad, aunque los alemanes no entendieran mucho de circos ni de italianos. “*Tampoco yo podía dormir. ¡No es una noche preciosa, Yuanyóse?*”. A Meruane volvió a irritarlo la fonética indolente de la vieja de mierda frente a la “j” castellana y los acentos agudos. ¡Yuanyóse! ¿Por qué, después de tantos años de *Guten Morgen, Guten Tag y Guten Abend*, aquella mujer aún no lograba pronunciar correctamente su nombre: Juan José? Ella por su parte no le dejaba pasar ningún error en las pocas frases rituales que intercambiaban cuando sus carros se cruzaban los sábados en el supermercado. “*No se dice Zeelery, Yuanyóse, sino Sellerie.*” Como si el apio amenazara con dejar de ser apio si lo nombraban con zeta o una ese, con “e” larga en lugar de una corta. De Frau Engelmann, Meruane no sabía nada. Que era maestra de alemán para extranjeros en una escuela comunal vespertina. Nada más. De ahí su afán correctivo. Vivía al parecer sola, pero Meruane creía haberla escuchado algunas veces conversar con alguien. Pero podía haber sido la tele o la radio o una visita. Lo que fuera, la vieja de mierda era una vecina tranquila. Quizás hasta buena persona. Esa noche, Meruane tuvo que admitir que a veces hasta podía tener razón. Había mirado a lo alto. Efectivamente, la noche era preciosa. Había dejado de nevar. El cielo era una cúpula de obsidiana asperjada de fucilazos tenues de estrellas muertas hacía diez millones de años. O algo así. No le había parecido justo a Meruane que el último aliento

de los suicidas oliera a tamales podridos y la última luz de esas estrellas extinguidas en cambio, fuera una invitación a escribir poesía de amor. Ante tal desigualdad de tratos, Meruane volvió a comprobar que las impresiones de una naturaleza muerta no eran de fiar. Y la viva podía ser despiadada.

Inapelable como de costumbre, sin darle ninguna posibilidad de fuga, la vecina le había preguntado cómo marchaban las cosas, sin especificar cuales, pero refiriéndose seguramente a las laborales. Ella sabía, porque Meruane se lo había dicho, que todos los días, de la mañana a la tarde, él los pasaba en la biblioteca del Instituto Iberoamericano. Suponía entonces que trabajaba como bibliotecario o archivero. Antes de que él pudiera responder, la vieja había agregado lo que Meruane más temía desde siempre: si no tenía ganas de acompañarla a una taza de té y charlar un rato. Sin muchas fuerzas, él trató de murmurar algo así como que no tenía tiempo, que era tarde, que en ese preciso instante estaba por suicidarse. "*Papperlappap!*", lo había frenado ella. Que era sábado, que todo lo demás podía esperar, que viniera de inmediato, le ordenó con ese tonito operativo de madrastra cariñosa que las alemanas usan cuando quieren ser tiernas. Dócil como un expósito a la espera de una de esas madrastras, Meruane había obedecido. Acaso había sido ese interruptus el que esa noche le había evitado acudir a su cita impostergable con la casualidad de su muerte se dijo después. Porque había sido casual su idea de lanzarse por el balcón justamente esa noche de estrellas. Como casual también todo lo que vino después. Sin esa casualidad no habría habido Dale da Ponte ni nada. Bien mirado, Indalecio Puente le debía a la vieja un ramo de flores o una caja de bombones. (Aunque no, con Fernando Frau Engelmann tenía premio más que suficiente). Si no hubiera sido por ella, Meruane habría terminado esa noche como un saco vacío, salpicado en el centro del patio, libre al fin de esperanzas y otros vicios. E Indalecio Puente seguiría siendo lo que había sido toda su vida: un don Nadie, un patán, un huevón de mierda pateando piedras en Berlín.

La vecina no era tan vieja, sólo se veía vieja. Daba lo mismo. Una persona que se ve de sesenta, no le sirve de mucho tener cincuenta y uno, que era su edad calendario según ella misma le había confesado con una risita el pasado diciembre en la calle de vinos del supermercado, donde él la había sorprendido examinando el precio rebajado de unas botellas de blanco del Rin. Meruane la llamaba “la vieja” por joder y nada más. (Joder no en la vulgar acepción hispanomater del verbo, sino en su casta variante subantártica menor, que significa molestar, jorobar, majaderear, llenar la cachimba de tierra, romper las pelotas). Por cierto la vecina no sabía que Meruane para su coletito la llamaba así: la vieja. (Sin reparar que él mismo estaba mucho más cerca de los sesenta que ella). Frau Engelmann era bajita, delgada, enérgica y tenía una nariz tan respingada que de ella se podía haber colgado sin problemas el llavero o la gabardina. Alguna vez tenía que haber sido una joven chiquita, rubia y pizpireta. Ahora era una vieja chica, entrecana y pizpireta que le sonreía siempre, incluso los días de lluvia. Cada vez que se cruzaban en la escalera de la casa o en el supermercado, él la saludaba con un respetuoso y bien modulado “*Guten Tag, Frau Engelmann!*” que acompañaba con un galano ladeo de cabeza y una leve intención de la mano derecha como tocando el borde de un sombrero inexistente. La experiencia le había enseñado que las viejas alemanas (incluso más que las inglesas) sentían una afición especial por esos arcaísmos gestuales.

Había sido esa la primera vez que Meruane entraba al apartamento de la vecina. En contra de lo esperado, la salita de estar no olía a fungosidades decrépitas ni a pomadas rancias, sino a algo que su nariz intuyó como un perfume caro y seductor. Eso lo había sorprendido y alertado al mismo tiempo. En el centro del sofá dormitaba un gato gordo, de traje gris a rayas, que entreabrió un ojo indiferente y lo examinó sin moverse. “*¡Husch, husch, signore!*”. Frau Engelman hizo tañer las manos para alejarlo, pero el gato no se dió por aludido. No volvió a abrir los ojos ni siquiera cuando la vieja lo tomó en brazos y lo

metió en una canasta bajo la mesa junto al balcón entreabierto. Frau Engelmann sacudió pro forma los pelos del sofá y le dijo a Meruane que tomara asiento. En ese momento, el gato volvió a entreabrir un ojo que refulgió amarillo en la penumbra y lo clavó con fría exactitud en los de Meruane. La punta de su cola alzada dibujó un arabesco de disgusto en el aire.

Desde que llegara a vivir a la casa hace siete años, Meruane solía encontrar todos los meses en su casilla postal un ejemplar (ya leído y releído) de la edición española de “Atalaya”, la revista de los Testigos de Jehová. Siempre había estado convencido que la responsable del hecho era la vieja, aunque él nunca la hubiera visto ni siquiera cerca de las casillas postales y ella nunca hubiera intentado la más mínima conversa sobre Dios, algo que los Testigos de Jehová hacen siempre. Pero por alguna razón que no podía explicarse, Meruane nunca había dudado de que la proselitista anónima no podía ser sino ella. Había sido también de esa presunción sin fundamento, cebada por los dogmáticos prejuicios antirreligiosos heredados de su padre, que Meruane había derivado su certeza de la asexualidad de Frau Engelmann. Si a eso se aditaba su respetable aire de dama sesentona, podía entenderse que ni por asomo Meruane la hubiera mirado nunca con otros ojos que no fueran los de una urbanidad hasta cierto punto misericordiosa. Nunca jamás habría logrado imaginarla desnuda, que era una de las mañanas más elementales con que él trataba de arrancarle jirones a la mortaja gris de esa rutina que lo envolvía de la mañana a la noche, todos los días de la semana, todas las semanas del mes, todos los meses del año, todos los años del siglo, etc. Pero desvestir mujeres con los dedos de la abstracción era una terapia ocupacional que funcionaba sólo bajo determinadas condiciones. La vieja del lado no cumplía ninguna de ellas.

¡Y hélas! Precisamente la noche en que él había decidido poner un brillante punto final a su ciclo vital y detener así el circular vicioso de sus problemas, Meruane se había encontrado sentado en una esquina del sofá de Frau Engelmann, escuchando su proposición de beber una copa de vino en vez de té mien-

tras ella encendía una discreta lámpara imitación *tiffany* en una esquina y apagaba la que colgaba del techo. Todo esto dicho y hecho con dejos inequívocos y ademanes resolutos que no dejaban muchas dudas sobre el tipo de programa que ella había imaginado para esa fría tarde de sábado primaveral. Meruane ya había bebido media botella de Johnny Walker. Eso le impidió encontrar una salida de emergencia plausible, como una tarea pendiente o una jaqueca. Por el contrario, que la vecina tratara de seducirlo le pareció la perfecta continuación de su frustrado propósito suicida. Una pequeña muerte también era algo. Además, con esa media luz la vecina no se veía tan vieja. Después, a oscuras, ya no se veía nada.

La impredecible Frau Engelmann había incluido además un número de bailongo en su programa de esa noche. Luego de llenar dos copas de vino blanco (que Meruane adivinó dulce antes de probarlo) había encendido un aparato japonés, negro, y tan viejo que seguro provenía de los días del shogunato de Fujiwara. De entre un desorden de cassettes sin estuches la vecina había elegido una que desempolvó con un soplido antes de ensartarla en las fauces del fósil. The Platters, entonces, ¡con Tony Williams resurrecto a la cabeza! habían descendido por vía aérea a esa noche que no alcanzó a ser de Walpurgis, pero sí de fantasmas impensados. De pronto, por arte de birlibirloque, por obra y gracia del Johnny Walker, porque sí, en el lugar de Frau Engelmann, se había aparecido Chechi. Hacía tiempo que no la veía. Era ella. En persona. De pie en la cresta de esa ola de melaza que le dió de lleno en el pecho. *Only you can make this world seem right, only you can make the darkness bright, only you and you alone, can thrill me like you do and fill my heart with love for only you...* lo mismo que él, sin saber bailar, había bailado con Chechi durante la fiesta con que ella había celebrado sus quince, allá, en el Cerro Polanco de Valparaíso, en los tiempos perdidos del *cleri* (que los argentinos llamaban *clericó* y que venía del inglés *claret cup*), un ponche para las modosas señoritas y los señoritos cartuchos de entonces, hecho de vino blanco y

trozos de duraznos, todo diluido con suficiente agua de la llave para evitar el riesgo de que a alguno de los jóvenes bebedores de esos tiempos se le fundieran los fusibles de las buenas maneras.

Con lenta cadencia de yeso, Frau Engelmann, los ojos entrecerrados, lo había tomado de las manos y arrastrado tarareando al centro de la pieza, donde lo obligó a seguirla en la pantomima de un blando meneo *cheek to cheek*. Torpe y sudado, Meruane olió el lóbulo de Chechi a un milímetro de su boca, sin osar abrirla para decirle lo que había preparado toda la semana antes de la fiesta, decirle lo que ella esperaba escuchar de él. Frau Engelmann, la cabeza recostada en su hombro, se dejaba llevar por un impreciso bamboleo de aguas muertas, sin dejar de ronronear el sincopado de los dumdurumdum, apretándose, pero sin muchos bríos, al cuerpo de Meruane, al parecer más cansada que otra cosa. Chechi tampoco abría la boca, sin respirar casi. Su orejita, su cogotito, sus sobaquitos olían a agua de colonia Coral y sudor fresco. Sudor que le pegoteaba la blusa a la espalda y humedecía la mano calientísima de Meruane cuya lengua reseca seguía negándose a preguntarle a Chechi si quería acompañarlo al cine el domingo siguiente, al Velarde, donde estaban dando “Jules y Jim”, la última de Truffaut, con la Melina Mercouri y un tal Oskar Werner. Frau Engelmann se había sacado los zapatos y los había catapultado con la punta de los pies a la esquina de los Platters. También se apretó otro poco a Meruane, colgándose ahora con ambos brazos de su cuello, sin levantar la cabeza de su pecho, sin cortar el tarareo ni entreabrir los ojos. Con mucho cuidado, él había deslizado su mano derecha hasta engazarla en la cintura de Chechi y tuvo la sensación espléndida de que la piel de ella se erizaba, como si con una pluma de hielo él le recorriera la espalda, provocándole un calofrío que la hacía acurrucarse en su abrazo, sin atreverse a levantar los ojos. *Only you can make this change in me, for it's true, you are my destiny. When you hold my hand, I understand the magic that you do. You're my dream come true, my one and only you...* Ahora Frau Engelmann había girado un poco la cabeza y entreabría los ojos

(que no eran los azulinos suyos de siempre, sino los pardos de Chechi) y se lo había quedado mirando, sin verlo exactamente. O viéndolo deformado como se ven todas las cosas miradas de cerca, mientras sus dedos le desabotonaban la camisa y jugueteaban con unos pelos en el pecho que Meruane no tenía. Su aliento olía a *cleri* con duraznos y le murmuraba algo que el traductor automático retransmitió a Meruane como “¿*qué piensas hacer conmigo esta noche, diavolo maledetto, mmm?*”. Meruane sabía que no se lo había dicho a él sino al otro, al *diavolo maledetto* de pelo en pecho. Todo eso terminó por demostrarle que su presunción sobre una militancia de Frau Engelmann en los Testigos de Jehová había sido falsa. Esto no le importó porque hacía rato que no la escuchaba ni la veía, sólo olía el sudor fresco de Chechi, mucho, pero mucho más fragante que la colonia Coral. *You're my dream come true, my one and only you. One and only you.* Se bailaba mejor sin moverse, había comprobado una vez más Meruane esa noche, pero mucho mejor con Chechi en sus brazos quien tampoco se movía y que dejó definitivamente de respirar cuando él se decidió por fin a un beso y luego a otro y otro, con toda calma y regocijo, sin que nadie los molestara, solos como estaban en esa fiesta con que Chechi celebraba sus quince años en la casa de su familia en el Cerro Polanco, dichosa de que él se hubiera decidido por fin a abrir la boca, aunque nomás fuera para besarla. “*Diavolo maledetto,*” le había repetido mimosa Chechi mientras él le desabotonaba la blusa húmeda, “*was willst du mit mir machen, mmm?*”. La noche había continuado con ese esforzado ejercicio mnemotécnico, con un borroso reencuentro de espectros invocados por el whisky, el vino blanco y The Platters, y culminó en un moderado amago de lujuria ahí sobre la alfombra, con la camisa, las bragas, los pantalones, los sostenes lanzados a cualquier parte mientras Frau Engelmann le apañuscaba la entrepierna con una mano y lo abrazaba con la otra y lo llamaba “*diavolo maledetto*”. No se lo decía a él, claro está, sino a alguien a quien ella, estrujando a Meruane con sus piernas y brazos manchados de años, reconvenía con suspiros alemanes e

italianos entrecortados: “*Mein Gott! Tu mi fai diventare matta!*”. A él no le había importado ser otro. Lo verdaderamente importante de esa noche era abrazarse a Chechi, no permitir que huyera, hacerla sentir lo que él sentía por ella, por más que nunca se lo hubiera dicho con palabras. *You’re my dream come true, my one and only you*. Pero en alguna parte del final, más exactamente mucho antes del comienzo, la cassette se había callado abrupta. Y Chechi se había echado bruscamente a volar, llevándose todas esas antiguas ganas que le había despertado ese sortilegio mula, dejándolo ahí, abandonado a medio camino entre el ridículo y el nirvana. Ni desconcertada ni amoscada, más bien resignada, Frau Engelmann había abierto los ojos y le preguntó qué le ocurría, si se sentía bien. The Platters entonces habían comenzado tan lamentablemente destartalados como el coro del templo bautista de la calle Pedro Montt, donde él siendo niño se había asomado aburrido algunos domingos sosos por la tarde, en invierno tal vez. (Los templos de todas las confesiones lo habían atraído siempre, casi tanto como los suicidas, o quizás por el mismo motivo que lo atraían los suicidas). No había sido ese un momento para pensar en templos ni en suicidas ni en los domingos fatales de su infancia, pero fue lo único que se le vino a la cabeza. Meruane no se recordaba qué le había respondido a Frau Engelmann. Sí recordaba que se había escabullido al baño, acto que ella entendió y aceptó como una disculpa porque tendida aún en la alfombra le gritó que no se preocupara, que eso solía suceder.

En el excusado Meruane no había entendido lo que Frau Engelmann le había gritado. Ya había dejado de pensar en el templo bautista de la calle Pedro Montt y en Chechi. Sin saber por qué, ahora pensaba en la palabra excusado. En “Signo & Señá” había leído en una monografía sobre logicismo y anti-logicismo etimológico (a propósito de un trabajo de diploma para el memo de Lars Hardtke) que tal sustantivo nada tenía que ver con excusa o excusarse sino con “escuso” y éste derivaba del latino “absconsus”: escondido, tapado, recóndito, encubier-

to. A diferencia del comer y beber, la civilización ponentina había hecho del cagar y el mear placeres funcionales de práctica oculta. Se podía comer en compañía, pero se cagaba a solas. Habían comidas sociales, pero no cagadas sociales. Bueno, en un sentido figurado sí las había, pero Meruane había pensado esa vez sólo en el aspecto fisiológico del tema, no en el político. El Perro Villarroel, antiguo amigo suyo, que había sido funcionario comunista durante la dictadura y que en los diecisiete años de ilegalidad tuvo la suerte de no caer nunca preso, había escrito en sus “Recuerdos de un clandestino” que lo que más le aterraba de la posibilidad real de ser capturado por la CNI era cagarse durante las sesiones de parrilla o verse obligado a realizar sus “necesidades” a la vista de otros presos en los lugares secretos de detención (algunos de los cuales Meruane aún recordaba bien). Desiderio en cambio, a su paso por Berlín hacía diez años, le había contado que en el “Lebu”, donde Desiderio después del golpe había estado prisionero siete semanas, antes de que lo enviaran al campo de concentración de Chacabuco en el desierto, la letrina era un espacio público en una esquina de las bodegas del barco, a plena vista de todos, especialmente de los infantes de marina que los custodiaban desde cubierta. Cuatro barriles petroleros cortados con acetileno por la mitad, cruzados por un tablón donde se asentaba el culo. La esquina del buen cagar había devenido así (curioso simbolismo) en una ágora posmoderna del pensamiento político latinoamericano donde muchos prisioneros, sobre todos los universitarios y los de la academia proletaria, seguían discutiendo la *res publica* y otras cuestiones teóricas menores. Lo habían hecho para matar el tiempo, le había dicho Desiderio. En el “Lebu” se había discutido para matar el tiempo antes de que el tiempo, o los infantes de marina, los mataran a ellos. Habían sido discusiones de alto nivel pero meramente distractivas, ya sin propósitos de arreglar el mundo que se les había desplomado encima. Esa letrina colegiada del “Lebu” había reemplazado al Café Vienés de la calle Esmeralda de antes del Golpe. Si antes del Golpe

la consigna había sido: “*vamos al Vienés a un cafecito y ahí la seguimos*”, después en el “Lebu” era: “*vamos a cagar y me sigues contando*”. Sentados en los tambores, los pantalones a media rodilla y espantando distraídos las moscas azules, continuaban el palique sobre lo que fuera con la mayor naturalidad del mundo. Tan natural como compartir un cafecito o unas onces completas en el Vienés, le había dicho Desiderio. ¿Donde estaba el otro Brillat-Savarin que habría de escribir sobre la otra fisiología del otro gusto, el de salida? ¿Acaso no confió el filósofo a Quevedo “*No hay contento en esta vida / que se pueda comparar / al contento de cagar*”? ¿Por qué a ninguno de esos Herren Professoren o esos candidatos a magister, diplomandos o doctorandos que pululaban en la biblioteca del Instituto Iberoamericano nunca se le había ocurrido escribir sobre la disfunción social que había sufrido el cagar en la historia moderna de América Latina, digamos a partir del siglo ilustrado? Al fin y al cabo se hacía ciencia de tanta cosa más menor y vana.

Con un suave golpe de nudillos a la puerta, Frau Engelmann le había cortado el hilito a ese ovillo especulativo para insistirle con reverberación condescendiente que no se preocupara, que no tenía importancia. Meruane intuyó en esas palabras de consuelo que ella todavía no perdía las esperanzas de que él se recuperara y regresara a su lado en la alfombra. Esto lo había puesto en un tris de contestarle que no estaba en absoluto preocupado, sino más bien contento de haberse evitado ese momento atroz que (en el caso de que el ayuntamiento hubiera llegado a consumarse) habría sido el momento *después*. El momento de re-ingresso a una realidad de arrugas fofas, prótesis dentales y tufos de mariscos añejos. Sólo imaginarlo era deplorable, pero habría sido una patochada ignominiosa decírselo a Frau Engelmann. No había sido culpa de la vieja su súbito desgano. Había sido sólo la resulta natural de una noche de breves sortilegios abalorios que de pronto habían desaparecido, tragados por la arena déspota de los relojes. Cómo podía estar preocupado si después de todo, en esa noche, mucho más importante que ese polvo

fallido había sido su suicidio frustrado. Impostando un tono resignado que no le costaba mucho producir, Meruane le pidió que por favor le alcanzara su ropa. Frau Engelmann no dijo nada pero se demoró en cumplirle el favor, seguramente porque quiso vestirse primero. Mientras esperaba sentado en la taza, Meruane había descubierto que la puerta del baño, frente a sus ojos, estaba cubierta de fotografías, de arriba a abajo. Era un ordenado mosaico de tomas en blanco y negro tamaño postal. Fotos antiguas, inexpertas, sin más aspiraciones que la de eternizar instantes que las metástasis del tiempo y la humedad habían ido borronando con nebulosas moradas y sepíamarillentas. Meruane había identificado sin esfuerzo algunas de las escenografías que habían servido de telón de fondo. Arriba, el Ponte Vecchio (curiosamente con poca gente) y la terraza del Palazzo Pitti mirando unas colinas anubarradas en la distancia de olivares; más abajo una formación de *alfieri* en Siena revoloteando sus banderas antes de la Corsa del Palio y una desbandada de caballos disputando una curva cerrada en la Piazza del Campo; el Campanile inclinado, la catedral Santa Maria Assunta y el Bapstisterio en el mediodía sediento de la Piazza del Duomo; en el centro, el Castel dell'Ovo y el monte Echia recortándose en el crepúsculo caliente de Nápoles; la Strada di Nola en la ciudad muerta de Pompeya; el peristilo frontal del dom de Amalfi; la mampostería calcárea de la Grotta Azzurra en Capri; más abajo, el Castello de la Rocca Maggiore en Asís; el Colosseo y el Foro Romano, Campo d' Fiori, la Isola Tiberina, la Piazza Navona y la Piazza Spagna, la fontana de Trevi, el Castel Sant'Angelo, la Piazza San Pietro y la Via della Reconziliazione; y cómo no, una larga serie de la Serenissima Repubblica di Venezia: la Piazza di San Marco inundada de palomas duendas, el puente Rialto, *el delle Guglie, el delle Capuccine, el delle Maravegie*, ¡ah, y allí el Canal Grande, *il Canalazzo*, surcado de góndolas y *vaporetti!* Otros lugares con lagos y montañas que Meruane no había logrado identificar, pero que supuso en la Lombardía. Esa no era la documentación de un viaje turístico, no eran quince días de

vacaciones *all inclusive*. En cada esquina de las fotos podía leerse escritos con tinta blanca, año, mes y lugar en que habían sido tomadas. Todas las estaciones del año estaban representadas, días de nieve y granizo, de sol y lluvia, días de castañas tostadas en Natale y de sandía en ferragosto. La foto más antigua era de marzo del 77. La última, de noviembre del 78. A todas luces se trataba de la secuencia de una cronología personal, el alborotado testimonio de un tiempo que Meruane sólo pudo imaginar hermoso. Los motivos eran los mismos que se encuentran en todas las postales italianas. Sólo que malamente fotografiados y peor enfocados, pero eso no molestaba para nada. Al contrario, esas imperfecciones de aficionado transmitían la alegre impresión de que al oprimir el obturador de la cámara, al fotógrafo o la fotógrafa lo había acometido un ataque de risa. Frau Engelmann (esa de chasquilla y cola de caballo tenía que ser ella) aparecía sólo en una de las fotos, riendo nerviosa, tapando con una mano sus demasiados dientes y extendiendo la palma abierta de la otra sobre la que se arremolinaban tres palomas venecianas. El otro, tan joven como ella, ese con pantalones pata de elefante y chaqueta a cuadros, o de montgomery con tirabuzones y camisa desabotonada (por la que se asomaban los matojos de pelo que ella había buscado inútilmente en el pecho de Meruane al ritmo de The Platters), de jopo bien cuidado y bella risa, ese que en cada una de las fotografías restantes sonreía a la cámara, ese sólo podía ser el *very original one* del “diavolo maledetto”. O había sido. Después, Meruane creería recordar que el tipo aquel (en versión mediterránea, por supuesto) hasta tenía una cierta semejanza con Fernando von Flachenthal.

Al recorrer esa revenida panoplia de remembranzas en blanco y negro, a Meruane lo había invadido una mezcla de ternura y envidia. A pesar suyo, un algo de nostalgia también. Hacía mucho tiempo, gracias a un golpe de suerte que ahora le parecía inexplicable, también él había vivido un año y medio en Italia, en Roma, en el Trastevere, vía de Vascellari 67, a media cuadra de la Basilica di Santa Cecilia. Había sido un feliz paréntesis en

su vida, pero con el defecto feroz de todos los paréntesis felices: su breve finitud marginal en un camino infinito. Con todo, habían sido dieciocho magníficos meses que por desgracia habían concluído de modo abrupto con el insólito episodio de los monos en la Palazzina della Scintilla que Meruane nunca había logrado adjetivar. (Tampoco olvidar como a él le habría gustado.) Pero a Meruane no se le había ocurrido protocolizar con fotos aquella feliz separata italiana de su vida y en ningún caso pegarlas a la puerta del baño, como lo había hecho Frau Engelmann, justo frente al inodoro (otro eufemismo mojigato para llorar a gritos). ¿Por qué? ¿Para qué? Eso de cagar mirando un misérrimo fragmento de vida propia, ya vivido y acaso feliz, tenía un sentido escusado que a él se le escapaba. Después, había estimado prudente no mencionarle a la vieja que también él cargaba en su equipaje felices recordaciones italianas. Ella podría malentenderlo.

Con golpecitos ahora muy pudorosos, Frau Engelmann había vuelto a interrumpirlo para avisarle que le dejaría la ropa en un pisito junto a la puerta. Tal vez pensó que sería bochornoso entregarle directamente los pantalones, los calzoncillos, la camisa y los calcetines como si estuvieran casados. Luego, Frau Engelmann había regresado presurosa a la salita, escuchó Meruane. Para alimentar un poco más las impronunciadas sospechas y cargar la tinta en los ribetes de ese cuadro de impotencia masculina (¡horribile dictu!) que con seguridad Frau Engelmann se había pintado para justificar el deplorable desenlace de esa noche, Meruane después de vestirse se había escabullido sin despedirse del departamento de la vecina y regresado en puntillas al suyo. Ella creería que lo había hecho por vergüenza. Estaba bien que lo creyera así. Mucho mejor si lo seguía creyendo. Tal creencia le evitaría la tentación de repetir la experiencia, había calculado erróneamente Meruane. Sin encender la luz del pasillo, sin hacer ruido, como un ladrón en medio de la noche, se había deslizado en su departamento.

Finalmente los letreros luminosos se apagan: un síntoma de normalidad siempre aparente, una treta psicológica del piloto

para evitar el pánico a bordo. En cualquier momento volverán a encenderse para anunciar turbulencias u otras causas peores de las que nunca serán informados y que aparecerán después en los registros mutilados de los *black boxes*, si es que estos llegarán a soportar el impacto contra tierra, que como se sabe produce una temperatura que alcanza como si nada varios miles de grados celsius. Suficientes para evaporizar las aleaciones más eternas. El resto de los pasajeros finge una despreocupación que él no les cree. Algunos se pasean por el pasillo, otros aparentan leer. O se entretienen con el minicomputer que se puede sacar o esconder en un hueco del brazo del butacón. Pero es una indolencia artificial. Como él, todos están atentos al ruido de las turbinas y a la cara de las azafatas. La suya le sonrío cada vez que pasa a su lado. Llevan treinta y cinco minutos en el aire. Aún quedan trece horas y cinco minutos por delante. Cierra los ojos y se esfuerza en un intento inútil de *autogenes training*.

De vuelta en su departamento había vacilado entre echarse a dormir o seguir con el whisky. Eran pasadas las dos de la mañana. No tenía sueño. Retomar a esa hora el intento de suicidio le pareció inútil. Eran demasiados los fantasmas que se habían despertado esa noche como para matarse en paz. Frau Engelmann lo había raptado de manera tan rápida que Meruane había olvidado cerrar el balcón. Una nevisca pertinaz se había dejado caer durante su ausencia y ahora una costra escarchada atoraba los postigos y no dejaba cerrarlos. Aún hacía demasiado frío como para permitirse la poética del aire puro. Se sirvió un último whisky. Con el escobillón de mano que usaba para limpiar los rincones del departamento se dio a limpiar la nieve dura que atascaba las hojas de la puerta. Estaba en cucullas barriendo cuando escuchó el carraspeo a sus espaldas. De primera, Meruane se había hecho el desentendido lo mejor que pudo. Se sorprendió, pero no tuvo dudas de que era la vieja de al lado dispuesta a lanzar una segunda ofensiva a pesar del reciente descalabro, pensó. O, lo que era peor, tal vez Frau Engelmann militaba de veras en los testigos de Jehová, y había

llegado a la horrenda conclusión que la culpable de lo que no había ocurrido esa noche era ella (lo que era cierto) y trataba ahora de purgar las desviaciones de su carne pecaminosa con una conversación samaritana de madrugada. El segundo carraspeo no se hizo esperar. Pero Meruane siguió haciéndose el de las chacras. Se obstinó en su tarea de limpieza que ahora había trocado su simple fin original por el otro más complicado de ganar un tiempo que le permitiera dar con una negativa adecuada y cortés a cualquiera nueva proposición de la vecina. Al tercer carraspeo no le había quedado más que dar la cara. Con un teatral suspiro de fastidio, sin levantarse ni dejar el barrido, había girado la cabeza. Y ahí sí se había sorprendido.

No era la vieja, era un cuervo.

Parado en una esquina del antepecho del balcón vecino el pájaro lo miraba, la cabeza medio ladeada, las patas negras enterradas en el festón de nieve, como esperando una respuesta. Había vuelto a carraspear para que a Meruane no le quedaran dudas. No era un cuervo sino una corneja o un grajo, pero a Meruane tales precisiones definitivas en el uso coloquial diario le parecían una cursilería. La oralidad cotidiana era ya lo suficientemente pobre de luces como para negarle más encima a las cada vez más escasas palabras que iban quedando en circulación los destellos juguetones de la vaguedad, del equívoco y del gazapo. Por lo demás, a ese cuervo seguro que no le importaba mucho que lo llamaran corneja, grajo o canguro. Había continuado mirando nomás a Meruane. Sin moverse, la cabeza inclinada hacia el lado como un sordo con ganas de entender.

Meruane había terminado de barrer la nieve pero no se decidió a cerrar la puerta del balcón. Naturalmente era una estupidez, pero no se atrevía a hacerlo mientras el cuervo siguiera ahí afuera mirándolo. Achacó esa súbita debilidad franciscana al whisky. Había bebido demasiado esa noche. Tal vez el pájaro tenía hambre. Las calles berlinesas del invierno urbano no habían de ser muy pródigas con las avejillas del Señor, coligió piadoso. Una dieta de caca de perro, colillas de cigarrillos y de-

sechos plásticos bastaba para descorazonar a cualquiera, incluso a un cuervo. Se había dirigido a la cocina pero sin grandes expectativas. Desde hacía mucho que no la ocupaba como tal. La última vez había sido el verano pasado, cuando invitó a la hermosa Constanze Apel, con el subterfugio de echarle un último vistazo a la tesis de diploma que él había escrito para ella (*“Hagiografía popular boliviana y el movimiento sindical petrolero en la región del Beni durante el segundo período presidencial de Hugo Banzer”*), a comer de pasada unas auténticas empanadas chilenas (las mismas que los peruanos llamaban salteñas) que él había preparado para ella (bueno, en verdad el que las había preparado era Polo de “La Iguana”, el sólo debía recalentarlas) y beber una botella de Casillero del Diablo, que sin dudas era un vino bueno y caro también en Berlín. Este convite (en la versión erótica que Meruane había imaginado) no prosperó. Constanze llegó, pero acompañada de su novio o amigo, como se le llamaba ahí. Un tipo detestable que arrasó con las empanadas, el vino y de pasada también con la fatigada autoestima de Meruane, que a duras penas se esforzaba por seguir creyendo que la veteranía aún podía lo que la juventud aún no sabía. Ahora entraba a la cocina sólo para prepararse la taza de té de cada mañana (la única costumbre familiar a la que creía haberse mantenido fiel) y a rellenar de agua las cubetas para el hielo. Por algún antojo metabólico, Meruane nunca había logrado ingerir lo que suele llamarse un desayuno normal, ni siquiera la ligera variante italiana que consistía en un *capuccino* y un *cornetto* relleno de aire, tampoco la estoica de Thomas Mann: una taza de manzanilla sin azúcar y medio Zwieback a las seis de la mañana (según afirmaba Kuscinsky en su estudio sobre ciencias biográficas). Meruane soportaba sin problemas ese ayuno hasta la hora de almuerzo, el que solía despachar en la cafetería del Museo de Instrumentos Musicales enfrente de la biblioteca del Iberoamericano todos los días de la semana, con excepción de los lunes en que el museo no abría. Por las tardes, después de abandonar la biblioteca a las siete, como cena le bastaba una

salchicha y una cerveza al paso en el kiosco de la estación del tren urbano que lo llevaba de regreso a casa, donde lo esperaba afectuoso el primer whisky del día. Los miércoles comía en “La Iguana”. Aquella noche memorable su refrigerador había estado por lo tanto vacío, como todas las anteriores. Era su estado natural. Lo único que había era medio frasco de aceitunas rellenas con anchoas y una bolsita con un par de *cornichons*. Meruane no se recordaba desde cuándo esos restos estaban ahí, tampoco de la ocasión que lo había llevado a comprarlos. Las fechas de vencimiento habían expirado hacía mucho tiempo, pero a los encurtidos aún no les salía pelo. Luego de sopesar un rato sus dudas acerca de si un estómago de cuervo resistiría un puñado de aceitunas y pepinillos vencidos, terminó por aventarlas. Escurrió el agua de las conservas y echó en un pocillo todo aquello. Como la cantidad le había parecido escuálida agregó el resto de las mentitas “Tic-Tac” que le quedaban de sus tiempos de fumador. Y en un raptó de generosa trivialidad, antes de servirle al cuervo ese improvisado revoltillo le había ligado un chorrito de whisky, porque le pareció que estaba demasiado seco y porque el whisky tenía propiedades antisépticas. Con cuidado había puesto el pocillo en la línea limítrofe entre el balcón y el living. Luego, como un maître conciente de sus deberes, había retrocedido tres pasos y esperado con respeto por el veredicto del inesperado parroquiano nocturno. No tuvo que esperar mucho. De un salto el cuervo se posó junto al pocillo y comenzó a picotear con apetito evidente. Satisfecho consigo mismo, Meruane se había dejado caer en su sillón de escuchar música y disfrutado de la visión siempre grata de un comensal satisfecho. Se había congratulado con un largo trago por su buena obra.

Según Plinio el Viejo, el cuervo era considerado por los helenos como una ave fatídica (lo que no les había impedido consagrarlo al impoluto Apolo). También los augures del Capitolio habían auscultado en su graznido lo ominoso y advertido, que se cuidara de emprender algún negocio aquel que lo escuchara. ¿Le había anunciado acaso el cuervo esa noche lo de Indalecio

Puente y él lo había ignorado? A Meruane se le hacía difícil aceptar tal hipótesis. No, no podía ser, además estaba seguro que esa noche el cuervo no había graznado, apenas carraspeado un poco. Imputarle fatalidades y dobleces a un pájaro tan simpático como ese habría sido de mala leche. Quizás otros cuervos se dedicaran al reparto de mensajes infaustos, *ese* no. Tal, era una idea absurda. Ese no había sido un pájaro de mal agüero. A lo más, uno memorioso. Si los hinduistas hubieran acertado y cada forma de vida actual no fuera más que la transmutación de una anterior, determinada por la práctica mayor o menor de la virtud ¿qué había sido ese cuervo en su vida anterior? ¿Un poeta alcohólico? ¿O quizás Birilo, aquel bonobo romano que seguía visitándolo en sus insomnios? ¿Era la propia existencia actual de Meruane un premio o un castigo por sus vidas anteriores? ¡Tantas preguntas, tan escasas las respuestas!

Con un gracioso batir de alas que Meruane había interpretado como un agradecimiento, después de vaciar el pocillo, sin alzar el vuelo, el cuervo volvió a enchuecar la cabeza para mirarlo mejor. Lo que vino después había sido culpa de su pregunta, no del pájaro.

“¿*Quedaste con hambre, viejito?*”, le había preguntado Meruane bonachón.

“*Nevermore*”, le respondió el cuervo. Y sin darle tiempo a una réplica se había echado a volar.

Con la boca reseca, Meruane se había ido a la cama donde volvió a recordarse de Birilo, pero en contra de lo esperado esa vez no había soñado nada. Es decir, no había recordado nada de lo soñado. Había dormido sin sueños hasta el mediodía, hasta que lo despertó el llamado de Indalecio.

“*Hola, viejito ¿te desperté?*”

La azafata le tiende el menú de la cena. Imponente como un cartapacio de ministro. En papel apergaminado, con letras azules muy elegantes, las tres alternativas de rigor: un menú de carnes, otro de pescados y uno vegetariano. El de carnes le

anuncia *Escalope de foie gras de canard sautée au vin aux raisins mouscats; côte de veau rôtie, galette de laitue aux cépes et herbes; ravioles d'ananas aux fraises de bois et sirop de vanille*. Suena como una fábula de La Fontaine. A lo mejor es una. Eso se llama *first class*. Pero no tiene hambre. Nunca siente hambre en los aviones. Ganas de otro trago, sí. Pero ya lleva dos whiskys. No quiere que la azafata lo tome por un borrachín. Lo tranquiliza ver que la lista de vinos es larga, y simpática la de aperitivos y bajativos. Para empezar opta por un pernod. No porque vuele con Air France, sino porque le sigue fascinando el abracadabra con que el agua convierte el verde venenoso en inocente leche anisada. (A un trago parecido en los bares santiaguinos de antes le llamaban “palomita”). ¿Para comer? pregunta ella. Unos porotitos con rienda, responde él. La azafata no entiende pero se obliga a celebrarlo como sí. Se decide por el menú de carnes.

“*Hola, viejito ¿te desperté?*”.

En la vida real, Indalecio Puente era lo que se llamaba un pesado, un cargante, un bacalao. Uno de esos ejemplares de los que se dice que de niño fue alimentado con vitamina de pernos, que no se divertía con soldaditos de plomo, sino se los comía, uno de esos que cuando sonrían se mueren los pajaritos. Ser antipático era su forma natural de ser, le nacía de adentro, de lo más profundo de su personalidad. Como es normal en este tipo de gentes, Indalecio pensaba de sí exactamente lo contrario. Como si todo eso no fuera suficiente, la naturaleza había dotado a Indalecio de una capacidad de obstinación extrema. Zafarse de él habría sido un trabajo digno de Hércules o para un asesino a sueldo. Pero por piedad, o capricho, o simple descuido, la naturaleza además había hecho de Indalecio Puente un buen actor. Uno de los mejores que Meruane había conocido. Sin embargo, su insoportable pesadez fuera del escenario había frustrado una carrera actoral que de haberse realizado sólo podría haber sido brillante. Había transcurrido mucho tiempo de la última vez que conversaran. Sin embargo, Meruane reconoció de inmediato la voz. A Indalecio Puente

lo conocía años de años, quién sabe cuántos. Muchos, con seguridad demasiados. Justo los suficientes como para no haber añorado jamás su presencia. Por fortuna no lo veía casi nunca. Sólo rarísimas veces, aunque ambos vivían separados no más que por una lenta caminata de veinte o treinta minutos. Meruane conocía a Puente desde los tiempos de la Escuela de Teatro de la Universidad de Chile a la que ambos habían ingresado en marzo del 67. Tres meses antes de que él cumpliera sus veinte años, siete meses antes de la muerte del Che y catorce antes del triplete estudiantil París-Praga-Tlatelolco. O sea, en esos días en que todo el mundo y sus alrededores cabía en el bolsillo chico del chaleco y sobraba espacio todavía. *“Te llamaba porque acabo de leer tu libro”*, había dicho Indalecio a modo de saludo al otro lado de la línea. Antes de que Meruane se recuperara de la sorpresa, había agregado: *“No se cómo decirlo con palabras, viejito querido, pero es lo más sensacional que he leído en años”*. Lo había dicho con ese modo tan suyo, aceitoso y arrastrado, mitad sofoco y mitad unción. Puente lanzaba las palabras como esos chisguetes pegajosos con que ciertos pescados capturan los insectos que sobrevuelan los manglares del Orinoco. Todo lo que Puente decía era un huevo de aire, una moneda falsa, pura caca. Pero todo lo decía con su voz privilegiada de buen actor, con el timbre satinado de Gérard Philipe. Por lo mismo no sólo se hacía oír, sino hasta convenía a veces. Algo que nadie nunca podría explicarse. Meruane se recordaba bien que después de un larguísimo y casi desesperanzado asedio, había sido esa voz la que había logrado romper la brava resistencia de Martita Carlucci, la bibliotecaria de la escuela de teatro, según ella misma le había confesado después a Meruane y a los otros, un poco muerta de la risa y otro poco de vergüenza. Más que bibliotecaria, Martita Carlucci había sido un ángel que había hecho de su cuerpo un apostolado que ella predicaba con convicción y alegría entre todos los alumnos de primer año de actuación. Martita tenía la sana y muy rica costumbre de acostarse con todos los de primer año. Nadie sabía por qué. Por alguna lógica

en la que nunca nadie indagó, lo hacía solamente con los de primero. Lo hacía sin reparar en garbo ni abolengo. Muchas veces (como había sido el caso de Meruane) pagando ella misma las tres horas del hotelito en la calle París, y después la cerveza con un hot-dog en el Bosco. Lo había hecho con todos, menos con Indalecio Puente, quien visto desde una distancia imparcial nunca fue el peor de los de primer año ni el más pinganilla. No era un Adonis pero tampoco una birria. Su mirar achinado no era mongoloide, más bien el polimorfo de Jack Palance. Además, sus padres tenían una rentable granja de pollos en Talagante, lo que le había permitido a Indalecio un pasar de estudiante bastante más llevadero que la gran parte de sus compañeros. Como actor, Indalecio había sido fuera de toda duda, lejos, el mejor de su promoción. A su voz de encantador de serpientes se agregaba ese ángel raro de Dirk Bogarde en “El sirviente”, el duende de Alec Guinness en “El quinteto de la muerte” y la graciosa fantochería de Vittorio Gassman en “La gran guerra”. A pesar de todos esos puntos a favor, Martita Carlucci siempre había pasado por alto a Indalecio Puente. Un desdén por lo demás, que no podía asombrar a nadie que conociera a Indalecio. Tuvieron que pasar cuatro años antes de que ella se decidiera a decirle sí. Cuatro años de los cuales día por medio, Indalecio le había rogado de rodillas a la vista de todos, mañana y tarde, diciéndole cosas de Shakespeare, que dichas con su voz parecían propias, tentándola con huevitos frescos y capones gordos que ella había aceptado a regañadientes, pero sin compromisos de ningún tipo. Quizá había sido ese tonillo de Indalecio, entre baboso y glorioso, la gota de agua suplicante que había terminado por horadar la roca de la voluntad de Martita. “*O me acostaba con él o me mandaba a la loquera*”, les había explicado a todos. Aunque contritos y dolidos, todos la habían entendido muy bien. Porque si algo distinguía a Indalecio Puente del resto de los mortales era su tenacidad de bull-terrier, una de sus pocas aptitudes que ejercía con fe notable hasta las últimas consecuencias, con la convicción inalienable de un *zaddik* o un

muhajidin. Un resabio indudable de su pasado misionario, ya que antes de sentir el llamado de las tablas (y posteriormente el de la revolución) Indalecio había sido seminarista salesiano, vocación que lo abandonó en la víspera misma de lo que iba a ser su ordenación definitiva.

Había sido mucho después de esa llamada de domingo que Meruane se había recordado del capítulo con Martita Carlucci y de tantos otros que retrataban a Indalecio de cuerpo y alma, en todo el esplendor de su vacío. No podía empero cargarle a ese lapsus de memoria la aquiescencia con que lo había escuchado alabar su último libro. A sabiendas que las preferencias literarias y artísticas de Indalecio eran un compendio bastante prolijo del kitsch, tal elogio ni siquiera le había parecido sospechoso. Meruane tenía pues que aceptar que aunque hubieran caído de la boca de Indalecio Puente, esas zalamerías habían sabido tocar con soplo melifluo su polvoriento, ajada vanidad. Ya nadie hablaba de su libro. No había escrito más que dos, pero Indalecio se había referido al segundo y último. Del primero, uno delgadito de cincuenta y cuatro páginas con tres cuentos publicado diez días antes del Golpe no le quedaba sino el recuerdo de una fogata voluntaria en el patio de la casa en que se habían consumido todos los cien ejemplares de la edición financiada por su tía Emilia. Había sido un urgente autodafé preventivo realizado por él mismo antes de que los milicos allanaran la población donde Meruane vivía en ese entonces. “Tres relatos espartaquistas” se había llamado su primer librito. Un título suicida en aquella época. Meruane no lamentaba la pérdida, más bien se felicitaba que los milicos le hubieran inspirado la destrucción de su primer opus. Los cuentos eran pésimos. Su segundo y último libro en cambio, “Ganimedes”, la novelita que tanto le había gustado a Indalecio, era simplemente banal. Era la historia (pretendidamente infrarrealista) de un porteño (de Valparaíso) que comenzaba de lavaplatos en un restorán chino en Chañaral y terminaba de vicepresidente de la McDonald’s Corporation en Oak Brook después de cometer una serie de asesinatos, nece-

sarios para salvar al consorcio, que quedan sin descubrir porque los cuerpos de las víctimas no aparecen jamás, es decir reaparecen bajo otro aspecto, repartidos entre las veinte mil filiales de McDonald's en el mundo. Por lo mismo quizá había sido un rotundo éxito de librería, traducido a varios idiomas y había capitaneado a fines de los ochenta por más de tres semanas la lista del "Spiegel" de los libros más vendidos en el mercado alemán. En el suplemento literario del New York Times, Susan Sontag lo había saludado como al "burlesco profanador del cementerio abandonado del realismo mágico" y le había profetizado un futuro de vanguardia en las letras hispanoamericanas. Pero al poco tiempo de aquel éxito editorial, hacía más de quince años, le había ocurrido aquella revelación de los monos en Roma y Meruane ya no había vuelto a escribir ninguna otra cosa que no fueran tesis de maestrías, de diplomas y doctorados perfectamente anónimas y anémicas sobre temas de ciencias sociales, políticas, históricas o literarias (y en casos de apuro, cuando los negocios flojeaban, también sobre teología, arte y filosofía) que él, por una suma siempre razonable (aunque nunca a precio de *discount*) escribía para estudiantes, diplomandos y doctorandos en apuro, evitándoles de ese modo el engorro de escribir ellos mismos cosas que otros ya habían escrito antes. Esta silenciosa y tranquila ocupación mercenaria le permitía a Meruane vivir sus días actuales sin lujos asiáticos pero sin mayores sobresaltos, sin más fastidio que la grisalla de esa rutina, fea y plana como hoja de guadaña.

Si se recordaba bien, el primer llamado de Indalecio había consistido nada más que en aquel meloso elogio sobre "Ganimedes", que Meruane había escuchado (no podía negarlo) con el placer que producen los halagos por méritos que no se tienen pero se quisieran tener. *"Tenemos que juntarnos, JotaJota. Me gustaría mucho conversar contigo sobre tu libro. Y de pasada conversar también sobre un asunto privado muy delicado, quiero conocer tu opinión de amigo y escritor. ¿Cuándo tienes tiempo para una cerveza? Dime tu dónde y cuándo."* Había sido la pregunta

perfecta para terminar de embaucarlo. Indalecio Puento podría ser lo que era, pero nunca un desasistido en estrategias de asedios. Meruane seguía convencido que si aquella vez le hubiera dicho que no tenía tiempo o cualquier otro pretexto, Indalecio no habría cejado en sus propósitos. A la larga igual habría conseguido que lo ayudara. Así debía haberse sentido la Martita Carlucci cuando finalmente le dijo sí al plomo, memoraría Meruane después con nostalgia autocompasiva.

Fasten seat belt. *Accrochez votre ceinture*. Como era de esperar se encienden por fin los fatídicos avisos luminosos. Tan indeseados como implacables. El avión aún no comienza su zangoloteo macabro, pero ya viene. El capitán anuncia la próxima zona de turbulencias con una entonación *nonchalant* que no convence a nadie, menos a él. La azafata no lo olvida. Se acerca, endereza el respaldo de su sillón y hace como si le preocupara saber que su cinturón esté correctamente ajustado. Un innecesario acto de caridad que él agradece con una mueca helada. Ella le repite que no hay de qué preocuparse, que *tout va bien*, que *c'est normal*. El quisiera recordarle que *no es normal que el hombre vuele*. Pero la boca reseca no se lo permite. Ella le retira el vaso vacío de su mano y se aleja. Doce mil metros más abajo el Mediterráneo recién comienza, luego seguirán Africa y el Atlántico. Todavía once horas y veinticinco minutos.